



LOS INTELLECTUALES TORNAN A CRISTO

NILS E. SANTESSON

Escultor sueco, cuya conversión paradógica, que se inicia con una lectura de Boccaccio, redactada en alemán por él mismo, traducimos directamente de la obra de Lam-ping: *Menchen die zur Kirche kamen*.

No es fácil para un protestante, que ha nacido y vive en un país cerradamente protestante, como es Suecia, detallar con exactitud por qué caminos ha llegado a la persuasión de que la verdad cristiana está en la Iglesia católica romana. Pero aun después de llegar a esa persuasión resulta difícil el paso de incorporarse a esa comunidad cristiana; más difícil de lo que muchos creen; pues la Iglesia católica en Suecia tiene externamente una vida modestísima, en contraste con la Iglesia del Estado, la Iglesia luterana sueca.

Aunque en mi casa no padecíamos dificultades de orden económico, las relaciones familiares fueron muy infelices, lo que finalmente provocó la separación de mis padres. Mi madre cayó primero en una profunda melancolía, después en una exagerada religiosidad del género más oscuro y sombrío, que desemboca generalmente en el más ardiente sectarismo. Nosotros, los niños, bajo la dirección de institutrices, aprendimos muy pronto y casi jugando a leer y escribir, y ya desde los cinco años supimos lo que la mayoría de los niños sólo aprenden muchos años más tarde. Mucho antes que mis coetáneos pude yo leer, y a ello me llevaba mi afición, muchos libros, que estaban muy sobre mi capacidad de comprensión. Como los demás niños, tuve también mis periodos de Federico Marryat, J. Fenimore Cooper, Julio Verne, Daniel Dafoe, Alejandro Dumas y otros autores; pero demasiado precozmente leí también los libros de Eugenio Sue, Emilio Zola, Boccaccio y otros. Catorce años tendría, cuando leí el *Decamerone*. Y aunque parezca extraño, fué precisamente esa lectura la que me impulsó más poderosamente al estudio de la doctrina católica. De las narraciones obsecas de Boccaccio, nada me ha quedado en la memoria. Por determinación absolutamente espontánea, decidí más tarde no leer nada de ese género de literatura. Es demasiado corta la vida, para perder el tiempo en semejantes necesidades. En realidad basta leer dos páginas en libros semejantes, para darse por enterado de todo el contenido; no hace falta beber todo el vaso de vinagre para cerciorarse a qué sabe. En lo demás era yo como todos los demás jóvenes: fresco, alegre y peleador.

La historia de Boccaccio tuvo la particularidad siguiente: En alguna parte, al principio del Decamerone, se cuenta la historia de dos amigos parisienses. El uno era un piadoso israelita, el otro un piadoso católico. El católico estaba muy afligido, porque su amigo judío, como él pensaba, había de condenarse para toda la eternidad, si moría sin convertirse. Le rogó instantemente se dejase instruir en la religión cristiana. El fervoroso judío resistió por largo tiempo. Finalmente manifestó que se decidía a viajar a Roma, para ver el centro de la cristiandad y conocer de más cerca la religión católica. Esto apenó mucho a su compañero, que sabía muy bien qué vida llevaban entonces en Roma, en aquella época del Renacimiento, el Papa, muchos cardenales y monjes. Procuró por todos los medios detener en París a su amigo y convencerle de que se debía hacer intriuir allí. Pero éste se cerró en que había de ser en Roma o en ninguna otra parte y salió para su viaje. Quedó el otro profundamente atribulado y se temía lo peor. Pero después de un tiempo el judío volvió de Roma, abrazó a su viejo amigo y le dijo que podía saludarlo como el más convencido y creyente de los cristianos. A las preguntas del maravillado amigo respondió el judío: Mira, cuando llegué a Roma y ví la mala vida que llevan allí muchos de los mandatarios de la Iglesia me dije: Obra de Dios es esta fe; que si de los hombres fuera, hace ya mucho que se habría desvanecido.

Esta admirable y justa conclusión hizo en mí una impresión profunda, pues aquella manera de discernir estaba en plena contradicción con todo lo que estaba acostumbrado a oír. Generación tras generación se ha educado a la juventud sueca en los "Cuentos de un cirujano militar" de Zarchris Topelius, donde se habla de los misteriosos, tenebrosos y asesinos Jesuitas y Monjes. Y, por desgracia, hay que confesar que la gente en Suecia se forma de la Iglesia la opinión que le han hecho concebir novelistas como Z. Topeluis, J. O. Aberg y Hermann Bjursten. ¿Quién en Francia se forma un juicio de la Iglesia por los cuadros fantásticos de un Eugenio Sue o un Alejandro Dumas? Esos cuentos románticos, ya desde el tiempo de Gustavo Adolfo, colocan siempre a este rey sueco —indudablemente grande— como el héroe de la fe, que marchó sobre Alemania para libertarla de las intrigas y atropellos de los perversos católicos. Por eso me extrañó a mí tanto el encontrarme en los libros de historia que los jefes protestantes de Alemania, entre otros su propio cuñado, el elector de Brandenburgo, no solamente no le recibieron como un héroe y un salvador, sino que hicieron todo lo posible para que no pisara tierra alemana.

Por aquel tiempo leí mucho. No conocía un solo católico. A los diez y seis años de edad fui confirmado en la actual iglesia protestante de Santa Clara, que durante la época del catolicismo fué la Iglesia de las monjas de Santa Clara en Suecia. Hablé entonces con mi profesor de religión. Lo era en nuestro gimnasio un Pastor, que, según he sabido más tarde, se inclinaba fuertemente al catolicismo y aun había hecho educar una hija en el extranjero en la religión católica. Su enseñanza se basaba en pruebas independientes y personales.

Como efecto de toda clase de lecturas y por el trato personal con los dirigentes de las direcciones más contradictorias: Unitarios, Teósofos, Positivistas. . . fui iniciado en los sistemas filosóficos más variados. Leí también una buena cantidad de literatura budista. Hasta trabajé por algún tiempo concienzudamente en el estudio del Korán. Me fueron familiares Pascal, Stalker, Dummond y Balfour, pero leí también a Tomás Kempis.

Gradualmente iba madurando mi determinación de hacerme católico. Quería permanecer cristiano. Como conocía la costumbre familiar de poner dificultades hasta última hora, cuando se trataba de realizar algún proyecto, busqué al entonces Vicario Apostólico, el Obispo Albert Bitter, y le expuse mi posición, sin que en casa pudieran sospechar nada. Era un Viernes Santo, como me lo recordó muchas veces su Excelencia. Me recibió con toda amabilidad, pero me notificó también inmediatamente que yo, según la ley sueca, era demasiado joven para poderme convertir sin permiso de mis padres. Me invitó repetidas veces a su mesa. Me tuteaba y me llamaba por mi nombre, amable costumbre, que conservó hasta su muerte. Me obligaba a llamarle, según una peculiar costumbre sueca "Farbror" (Tío paterno), lo que, por su alta dignidad, resultaba para mí un honor. Hicimos

también juntos varios paseos. Este contacto era para mí muy aleccionador; pero no hablábamos de religión, lo cual me extrañaba a mí mucho, pues era entonces la cuestión que más me preocupaba. Llegó por fin el día en que no puede esperar más, y me decidí a hablar con mi padre. Tenía entonces 19 años de edad.

Lo que pasó fué algo espantoso. Mi padre, a quien por otra parte conservo mi cariño filial, no tenía ninguna positiva, decidida posición respecto de la religión. Era bajo el punto de vista religioso, como la mayoría de los suecos, absolutamente indiferente. Pero que yo me hiciera católico, "que yo renegara de la fe de mis mayores", eso no lo podía tolerar. Fuí enviado al Párroco de la antigua —un tiempo católica— Iglesia de San Nicolás, que era entonces nuestra Parroquia. Me recibió en una gran sala de visitas. Se pasó todo el tiempo escribiendo. No me hizo esto ninguna gracia, pero al fin . . . era un señor venerable y yo un jovencito, un nadie. Todavía quedé más admirado, cuando dobló las hojas escritas, las selló y me las alargó para que se las entregara a mi padre. Con esta carta me fui, como Urias, a mi casa. No voy a repetir todo lo que allí se decía, pero la sustancia era que yo estaba tan embebido en el error católico, que no había nada que hacer conmigo, que mi padre me debía despachar de casa, desampararme y otras lindezas, que más tarde me ha revelado mi padre. Aunque nada malo había hecho se me paró en mi marcha. Sucedió una época muy difícil. Durante año y medio yo mismo me detuve para probarme a mí mismo. Por fin al cabo de ese tiempo recibí del Obispo permiso para recibir la instrucción necesaria, que me había de dar un Padre de la Compañía de Jesús. Fué el P. Edward Wessel S. J. el que me recibió en la Iglesia católica, fué mi primer confesor y más tarde, en muy difíciles circunstancias, estuvo a mi lado para ayudarme.

Un detalle interesante para esta narración; Cuando yo le conté a mi antiguo Maestro de Confirmación que me había convertido, dedujo él —a pesar de que era un hombre honorable en cuya casa me había divertido yo muchas veces— que yo debía haber caído en un género de vida muy inmoral.

Entretanto había yo llegado a la mayoría de edad y obtuve permiso para ir al extranjero e iniciar más amplios estudios. Como otros muchos convertidos suecos se trató también de que yo me preparara para ser ministro del Señor, pero no resultó este plan. Mi agitada vida posterior ha podido demostrar que no hubiera servido para ello.

En todo caso yo agradezco a Dios siempre la dicha inmerecida de haberme concedido precisamente a mí, entre tantos millones, la gracia de la Fe.

N i l s E . S a n t e s s o n